

Autoanálisis de un filósofo

Manuel Garrido

De los grandes pensadores de la primera mitad del siglo sólo Unamuno y Santayana han dejado escritas memorias de su vida. En el caso de Santayana contamos, entre otros títulos, con la voluminosa autobiografía *Personas y lugares*, de la que el reputado crítico McCormick ha dicho que “no existe otra mejor en inglés”, y con la diminuta joya literaria que es la “Breve historia de mis opiniones”, hoy rescatada por *Limbo* de unas cuantas décadas de olvido en el mundo de habla española.

Como la mayoría de los escritos de Santayana, también éste se presta a una doble lectura, literaria y filosófica. Pero el placer de la primera no debería dejarnos pasar por alto el denso fondo conceptual de este breve ensayo, ni permitir tampoco que nos coja de sorpresa la melancólica reflexión final con la que se despide el autor de nosotros al alegar que, si su filosofía se nos antoja poesía o escepticismo, “por lo menos es una poesía o un escepticismo que brilla por su desilusión y aspira a lograr la verdad tal y como es”.

La desilusión es un efecto del que la voluntad de verdad, o veracidad, es la causa, y para eludir semejante resultado de poco debió servirle al sensible muchacho español que fue Santayana, bruscamente trasplantado desde los ocho años por voluntad familiar al Boston de las postrimerías del XIX, la poderosa influencia que ejercieron en la Universidad de Harvard sobre su indócil mente Josiah Royce y William James, dos de los más formidables pensadores norteamericanos de aquella época. Una clara muestra, entre otras muchas, de lo que digo es la respuesta de Santayana a dos motivos conductores que, desde la adolescencia a la vejez, acompañan porfiadamente a su vida y a su pensamiento y que podríamos vincular, utilizando un lenguaje groseramente sistemático, a la infraestructura y a la superestructura de la razón: uno es *el imperativo naturalista* y otro *el motivo religioso*.

De la visceral importancia que ambos temas tienen para Santayana da testimonio el hecho de que afloran ya en el primer tercio de esta breve historia, inmediatamente después de que concluya el peregrino relato inicial de los antecedentes prenatales del protagonista (un relato, dicho sea entre paréntesis, que no por ser verídico deja de recordar a la vez al exotismo de las novelas de Conrad y al intimismo de Henry James), pero inmediatamente antes de que este personaje nos hable de la influencia de sus profesores de Harvard.

El conflicto entre la voz de la naturaleza y la de la religión, que cualquier joven español, francés o italiano de la época normalmente hubiera vivido como tensión entre el instinto y la conciencia, se lo planteó personalmente el joven Santayana como el dilema especulativo de optar entre el Olimpo y el Gólgota, entre el naturalismo pagano del que fueron un modelo Lucrecio o un Spinoza y el catolicismo de sus mayores. En este ensayo comenta sencillamente que, al decidirse por el primer cuerno del dilema, “nunca me espantó la desilusión y voluntariamente me he ido a ella”. Pero los matices que acompañaron a lo largo de su vida a semejante decisión son bien reveladores de la naturaleza y el tino de su razón y de su temperamento. Por una parte podemos leer, páginas más adelante, que “mi naturalismo o materialismo, no es una opinión académica; no es una supervivencia del pretendido materialismo del siglo XIX, época en que todos los profesores de filosofía eran idealistas. Es una convicción cotidiana, que vino a mí como vino a mi padre, de la experiencia y de la observación del mundo en general y especialmente de mis propios sentimientos y pasiones”. Fruto de esa convicción sería, andando el tiempo, el original concepto de “fe animal”, que luego figuró en el título del libro que escribió Santayana sobre el escepticismo en 1925.

Desde la inolvidable referencia de Hume a la costumbre como fundamento de nuestras creencias, posiblemente no haya vuelto a darse en toda la historia ulterior del pensamiento escéptico una intuición tan brillante como esta de Santayana para dar carta de naturaleza a la actitud del escepticismo académico o moderado, que no tiene más remedio que aceptar el “dogma” de la existencia del mundo exterior, por la elemental razón de que sin él dejaría de estar garantizada la supervivencia física de la raza humana en el universo. Pero recíprocamente: si la fe animal es la suprema creencia del naturalista moderadamente escéptico que es Santayana, la religión de sus mayores siguió siendo para él la más cara de sus “descreencias”, porque su materialismo adopta, a diferencia de otros materialismos, el sutil punto de vista de que la irrelevancia cósmica de cualquier mensaje religioso está lejos de implicar su falta de sentido o moraleja humana. “Las religiones son los grandes cuentos de hadas (*fairy-tales*) de la conciencia”, y su presunta eficacia no está en el cosmos, sino en el corazón del hombre.

En otro lugar he tenido ya ocasión de comentar cómo Santayana fue inicialmente más reacio que Ortega y que la inmensa mayoría de los ilustrados españoles a dejar a un lado su personal idiosincrasia para recibir mejor la importa del pensamiento extranjero. En esto se parece más a Unamuno que a Ortega, a pesar de haber sido, sin embargo, el más cosmopolita de estos tres grandes pensadores españoles. Es indudablemente un hecho que varios años antes de que el joven becario Ortega descubriese en Alemania las semillas de su futuro raciovitalismo, el profesor de Harvard Jorge Santayana, discípulo personal del padre fundador del pragmatismo, William James, diser-

tó por su cuenta sobre “una suerte de pragmatismo” en los sucesivos volúmenes de su monumental obra *La vida de la razón* (1905-1906). Pero esta suerte o especie de pragmatismo no parece ser tanto una copia como la irónica antítesis del pragmatismo de su maestro. Entre otras cosas lo supera, por de pronto, en la riqueza de registros, complementando el impresionismo filosófico de James con un expresionismo personal de gran estilo. Cuando Santayana escribió esta obra tenía más o menos clara su opinión sobre lo que luego llamaría “el egotismo de la filosofía alemana” y sobre la influencia de esta última, que él deploraba, en el pensamiento norteamericano. Por otra parte había ensanchado ya sobremanera su horizonte espiritual en estudiosas andanzas por Europa, donde aprendió a amar y a conocer a fondo, gracias a las explicaciones de Paulsen en Berlín y de Jackson en Cambridge, el milagro de la vida y el pensamiento de los griegos. El lector que echa una mirada al índice de *La vida de la razón* se siente tentado a barruntar similitudes con la *Fenomenología del Espíritu* o con la *Filosofía de la Historia* de Hegel. Pero pronto advierte al adentrarse en las páginas del libro del pensador español que el aliento faústico que inspiró a Hegel en los suyos ha sido sustituido por el de Mefistófeles. “Todo es, en definitiva”, leemos en una de las últimas páginas de esta “Breve historia de mis opiniones”, “un cuento referido, si no por un idiota, cuando menos por un soñador, pero está bien lejos de no significar nada”.